

Poner á mi enojo diques  
Y aplacarme con disculpas.  
Ya los vístes cuán tenaces  
En su silencio, ni escusas  
Quisieron dar de los crímenes  
Que á los dos se les imputan;  
Ni aun responder se dignaron  
De su juez á las preguntas;  
Y, vive Dios! que esta ha sido  
La mayor de sus injurias!  
Melendo, trae á don Pedro,  
Hagamos la prueba última. [*Vase Melendo.*]

## ESCENA II.

EL REY.

Oh! esta es de sueño funesto  
Pesadilla que me abrumba!  
Es un vértigo, un delirio  
De abrasada calentura.  
Estoy la verdad tocando,  
Y el alma incrédula lucha  
Con la realidad, sin fuerzas  
Para comprenderla nunca.  
El, tan leal otro tiempo,  
Y ella tan noble y tan pura. . . .  
Pero, qué dudo? insensato!  
El príncipe les acusa  
De adúlteros y rebeldes,  
Y el príncipe es sangre suya!  
Y para atreverse á tanto  
Grandes razones le escudan.  
Oh! juro á Dios que si insisten  
En su silencio, mi furia  
Todo el rigor de las leyes  
Les hará pronto que sufran.

## ESCENA III.

EL REY, DON PEDRO, MELENDO.

*Mel.* Aquí está.*Rey.* Dejadnos solos,  
*Melendo.* El cielo me acuda! [*Vase Melendo.*]

## ESCENA IV.

EL REY, DON PEDRO SESE.

*Rey.* Sesé, lee ese pergamino;  
En él están todas juntas  
Las graves acusaciones  
Que á tí y á la reina imputan.  
Los testigos que lo afirman,  
Y el príncipe que os denuncia,  
Las han sellado y firmado.  
Ahora, si disculpa alguna  
Tienes, dámela; de no,  
Con madurez y mesura  
Lo ha pesado de mis nobles  
Y mis prelados la junta,  
Y os sentencia como infames  
A sufrir la pena última.

*Pedro.* Señor, no habrá en vuestros reinos  
Quien con mas valor la sufra;  
Pero iremos al martirio,  
Don Sancho, no á pena justa.

*Rey.* Pues bien, espílicate, Pedro,  
Librame ya de esta angustia.  
Solos estamos aquí,  
Solos; nadie nos escucha:  
Por cuanto encierran sagrado  
Cielos y tierra, si oculta  
Hay en tu pecho una causa,  
Una razon, una escusa  
Que os justifique á mis ojos,  
Por compasion, Sesé, búscala.

*Pedro.* Señor, desde que mis hombros  
Pudieron con la armadura,  
Hasta que el peso del casco  
Me encalveció, la vez única  
Es esta en que habeis tenido  
En mi fé y en mi honra duda.  
Amigo me habeis llamado,  
Señor, desde vuestra cuna;  
Como amigo os he servido  
En vuestras varias fortunas;  
He cuidado vuestra casa;  
Os he velado en la oscura  
Soledad del campamento,  
Y en las lides mas sañudas  
He puesto el pecho mil veces  
Ante las lanzas morunas  
Para defender el vuestro;  
Y ha cincuenta años, en suma,  
Que las gotas de mi sangre  
Se derraman una á una  
Por vuestro honor y grandeza,  
Por vuestra prez y ventura.  
Jamás intenté venderos,  
Ni os han estraviado nunca  
Mis consejos, del camino  
De la virtud; y ahora juntas,  
Creéis que al fin de una vida  
Que tal lealtad ilustra,  
Pude hacer tantas infamias,  
Reo ser de tantas culpas?

*Rey.* Oh! sí, sí! cuando recuerdo  
Los fuertes lazos que anudan  
Nuestra amistad, la limpieza  
De tu honor, que no deslustra  
Ninguna mancha bastarda,  
Cuando oigo la voz robusta  
Con que en tu favor me grita  
Mi corazón, se me anublan,  
Pedro, los ojos en lágrimas,  
Y mi conciencia se turba  
Al ver que os condenan pruebas  
Que tú ni nadie recusa.  
Ante vuestro tribunal  
Tuvisteis las lenguas mudas.  
Por qué, vive Dios! por qué,  
Si la inocencia os escuda,  
No os defendeis de las leyes  
Que os abren infame tumba?

*Pedro.* Don Sancho, mil y mil veces

Os lo dije en oportunas  
Ocasiones: vuestras leyes  
Son incompletas y absurdas;  
Con ellas el inocente  
Sucumbe, el malvado triunfa,  
Y los mas atroces crímenes  
A su sombra se consuman.  
Acusa un vil á un sencillo,  
Y con infernal astucia  
Destruye todas las pruebas  
Que han de obrar en contra suya,  
Sus delitos le atribuye,  
Como vuestro hijo, lo jura,  
Los jueces véense indecisos,  
Y él, para borrar su duda,  
Se ve jóven y alentado,  
Ve que aquel á quien acusa  
Es viejo, ó mujer, ó débil,  
Y con audacia segura  
Dice: "Aquí estoy con mi lanza  
Pronto á sostener mi injuria."  
La ley lo consiente, y siempre  
Venice la fuerza y la astucia.—  
Y, vive Dios! rey Don Sancho,  
Que á ser cual era robusta  
Mi mano, yo con el príncipe  
Empeñaria la lucha;  
Mas ay! el cielo á los débiles  
Contra los fuertes no ayuda.

*Rey.* Mas esa es la ley que rige,  
Y esa es fuerza que se cumpla.  
Sincérate, pues, ante ella,  
Pues ante ella te denuncian.

*Ped.* Rey Don Sancho, si en vuestra alma  
No está escrita mi disculpa,  
Si con vos no me defiende  
Vuestra convicción, que acuda  
El verdugo; este es mi cuello;  
Ni yo sé dar mas escusa,  
Ni á saberla la daria:  
Sabeis mi honor y mi alcurnia.

*Rey.* Mas esas pruebas. . . .*Ped.* Son falsas  
Apariencias.*Rey.* Pero abundan  
Los testigos.*Ped.* Son comprados.*Rey.* Te han hallado veces muchas  
En el cuarto de la reina  
En altas horas nocturnas.*Ped.* Velado he por vuestros reinos  
Con ella, y las damas suyas  
No faltaron de su cámara  
Jamás.*Rey.* Hoy mismo, disputa  
Escandalosa mantuvo  
Contra el príncipe en su pública  
Antesala en favor tuyo.*Ped.* Era su causa la injusta,  
Y yo cumplía las órdenes  
De mi rey.*Rey.* Con maña astuta  
Te sorprendió tus secretos.*Ped.* Y yo sus tramas oscuras:Supe que vuestro caballo  
Era la señal oculta  
De una rebelion.*Rey.* Dispuesta  
Para sofocar la tuya,  
Para guardar de vosotros  
Mi corona.*Ped.* Virgen pura!  
A partir para obligaros  
Vuestra dignidad angusta,  
Para obligaros en él  
A hacer su total renuncia.*Rey.* De eso os acusa á vosotros,  
Que viendo que su bravura  
Os malograba el proyecto,  
Hicisteis por mano oculta  
Robar mi mismo caballo,  
Que era su señal última.*Ped.* Ved lo que decis, Don Sancho,  
Que el robo no fué obra suya  
Ni nuestra, fué de un tercero  
Enviado vuestro.*Rey.* Impostura  
Semejante! enviado mio?*Ped.* No puede en eso haber duda:  
Trajo vuestra firma y sello.*Rey.* Mientes, traidor.*Ped.* Vuestra injusta  
Intencion veo, Don Sancho,  
Manifiesta.*Rey.* Y yo la tuya,  
Pues de tus mismos delitos  
Aun á mí mismo me culpas.*Ped.* Negais vuestra firma y sello?

Basta, señor, que se ofusca  
Vuestra razon, y olvidando  
Vuestro decoro, me insulta  
Vuestro labio: y si creéislo  
Como el lábio lo pronuncia,  
Sois fiscal que me acrimina,  
No juez que recto me juzga.  
Vuestro hijo os codició el reino  
Con ambiciosa locura,  
Y yo el reino os defendia  
Con voluntad absoluta:  
Si á mí sus faltas me cargan  
Y mi lealtad me usurpan,  
Y escuchais vos las palabras  
De los que así me calumnian,  
Yo os juro, rey, por el Dios  
Que se asienta en las alturas,  
Que me sirven de vergüenza  
Las heridas que me cruzan  
El pecho, que por tí espuse  
Con lealtad bien estúpida.

*Rey.* Con esas mismas palabras  
Protesta quien os acusa.*Ped.* Pues miente como un villano.*Rey.* Es mi sangre.*Ped.* La que nunca  
Mereció ver en pro suyo,  
Mi espada leal desnuda.



*Rey.* Traidor!  
*Ped.* El no haberlo sido  
Es el pesar que me abrumba  
Hoy, que hácia mí sin razon  
Vuestra voluntad se muda.

*Rey.* Sin razon? viven los cielos!  
Y en cuál tu inocencia fundas,  
Si á nada me has respondido,  
Ni hay un testigo que arguya  
En tu favor, cuando en contra  
Testimonios se acumulan?

*Ped.* Entonces, en qué se para  
Vuestra majestad sañuda?  
Pues que os estorbo en la tierra,  
Abridme la sepultura:  
De mí para deshaceros  
No os andeis buscando argucias;  
Decid: "Me importa que muera;"  
Y haced que la ley se cumpla.

*Rey.* Basta, que esa pertinacia  
Con que mi poder insultas  
Y mi venganza provocas,  
Mi clemencia sobrepuja.  
Veo la diestra falacia  
Con que evitas mis preguntas,  
Y las cuestiones complicas  
Con falsedades absurdas.  
Veo que me niegas todas  
Mis reconvenções justas,  
Esquivándote de todas  
Por no resolver ninguna.  
Y en ese afán despedido  
Con que mi coraje azuzas,  
Veo que al verte perdido,  
La muerte con ansia buscas.

*Ped.* Sí, rey Don Sancho, la busco:  
Que á mi dolor mas se ajusta  
Que tu ingratitud odiosa,  
La mas deshonrada tumba.

*Rey.* Y la tendrás.

*Ped.* Pronto sea;  
Su oscuridad no me asusta,  
Que es pabellon de reposo  
Para una conciencia pura.

*Rey.* Hola!... (*Sale Melendo*) volvedle á su encierro.  
(*Melendo le cierra.*)

Pues defenderse rehusan,  
Que el cielo se lo demande  
Y sus destinos se cumplan.

#### ESCENA V.

EL REY, LUEGO DON GARCIA.

*Rey.* Pero qué altivo teson!  
Oh, de ese viejo el acento  
Para agravar mi tormento  
Renueva mi confusion.  
Gran Dios, si fuera posible! . . . .  
Pero no; cómo podría  
Caber en mi hijo García  
Pensamiento tan horrible?  
Así mi pena inclemente

A tanto extremo ha llegado,  
Que temo hallarle culpado  
Y temo hallarle inocente!

*Garc.* Estábais aquí, señor?  
*Rey.* García, tal vez la hora  
Llegó ya?

*Garc.* Pronto la aurora  
Va á alumbrar nuestro dolor.

*Rey.* También como yo padece,  
Infeliz!

*Garc.* Sí, padre, mucho;  
Y esta pena con que lucho,  
Por horas é instantes crece. . . . .

*Rey.* Hijo!

*Garc.* De mí no soy dueño:  
Y en mi ardiente frenesí. . . .  
Ya no encuentro para mí  
Ni tranquilidad ni sueño.

*Rey.* Y por qué? Porque leal  
A mi defensa acudiste  
Y el esplendor defendiste  
De mi corona real?  
Porque afrontando el encono  
De altivos conspiradores,  
Entregaste á los traidores  
Que profanaron mi trono?

*Garc.* Oh, callad!

*Rey.* Tu corazón  
Con mis palabras aflijo.

*Garc.* Sí, sí.

*Rey.* El vasallo y el hijo  
Cumplieron su obligacion.  
Ahora ya no hay que esperar  
Sino morir.

*Garc.* (Suerte impía!)

*Rey.* Y era tu madre, García!  
Ven, ven conmigo á llorar.  
Llora su infelice suerte,  
Ya que el destino cruento  
Te escogió por instrumento  
De su castigo y su muerte.  
Llora, y luego á sostener  
Nuestra justicia te apresta,  
Para cumplir lo que resta  
De tu penoso deber.

*Garc.* Mi madre!

*Rey.* Cuánta ternura!

*Garc.* No hallará clemencia en vos?

*Rey.* Clemencia! téngala Dios  
De mi negra desventura.  
Contra su torpe malicia,  
Como esposo y como rey,  
Fié al brazo de la ley  
Su crimen y mi justicia.  
Y yo su tremendo fallo  
Respetaré, porque así  
La ley se respete en mí  
Como en su primer vasallo.  
Mas si no puedo estorbar  
Su riguroso suplicio,  
Y este horrible sacrificio  
Es ya fuerza consumir,  
No vea yo en tí, hijo mio,

Ese afán que no te deja,  
Ese dolor que te aqueja  
Desesperado y sombrío.  
*Garc.* Ah! consideradlo vos;  
Y si ver mi alma pudierais,  
Yo sé que os estremecierais.

*Rey.* Pon tu confianza en Dios.  
Deber fué en tí, no malicia,  
Y hoy para mejor probanza,  
Aquí sostendrá tu lanza  
Tu inocencia y mi justicia.

*Garc.* (Si eterno este dolor es,  
Ya no hay para mí existencia.)

*Rey* [*acercándose á la cortina de la tienda.*]  
De día ya!

*Garc.* (Mi conciencia  
Me va arrastrando á sus piés.)  
Señor. . . .

*Rey.* Mira, ya veloz  
El alba á rayar comienza.

*Garc.* (De temor y de vergüenza  
No doy aliento á mi voz.)

*Rey.* Adios; voy á disponer  
Que la ceremonia empiece.

*Garc.* Oídme. . . .

*Rey.* Qué te estremece!  
Cumplamos nuestro deber. [*Vase.*]

#### ESCENA VI.

DON GARCIA.

Qué iba yo á hacer! á revelar mi infamia;  
Pero qué revelar pudiera yo  
A quien vive en la fé de que aun abriga  
Un soplo de virtud mi corazón?  
Hijo, me llama el infeliz llorando!  
Hijo, que reino y honra le salvó! . . . .  
Cómo decirle al miserable vicjo,  
Padre, yo soy un vil calumniador?  
No, me arrastra inflexible mi destino  
Por la senda del mal, y á rastra voy  
Cual zarza estéril que arrebata el viento,  
Para caer en la eterna perdicion.  
Pero llegan. Quién va?

#### ESCENA VII.

DON GARCIA, ARJONA.

*Garc.* [*al verle.*] Tan pronto, Arjona!

*Arj.* Ya comienza del alba el resplandor,  
Y ya el pueblo las gradas del palenque  
A ocupar turbulento comenzó.

*Garc.* Maldito quien me trajo hasta este trance!  
Maldita, sí, mi estúpida ambicion!

*Arj.* Ya no es hora, señor, de meditarlo,  
El día va á rayar.

*Garc.* Déjame Arjona;  
Siento que mi osadía me abandona.

*Arj.* Señor.

*Garc.* Vacilo, sí; no sé ocultarlo.  
Aquel hombre fatal. . . . ;él era, él era!

*Arj.* Sombra de la turbada fantasía.

*Garc.* No, Arjona, realidad.

*Arj.* Cómo pudiera? . . . .

*Garc.* Todo ese hombre lo puede en contra mia.  
Quien del fuego voraz le puso fuera,  
De las aguas tambien le sacaria.

*Arj.* Del fuego os acordais! pues no os lo dije?  
De su quinta una cava hasta la ermita  
Por senda subterránea dirige:  
Torras la halló, y entrándose por ella  
Fué como dió con la mujer.

*Garc.* Maldita

Mi imprevision! en una y otra cita,  
Allí aecchéme su infernal destreza.

*Arj.* Mas le cuesta el acecho la cabeza.

*Garc.* Del secreto poder que le acompaña  
Todo lo temo, Arjona; en todas partes,  
Mis pasos sigue su presencia estraña,  
Sin que le estorben puertas ni baluartes.

Todo le es familiar, todo lo encuentra  
Fácil en contra mia: favorece  
Todo su fuga: en el alcázar entra

Tras de mí, en las prisiones. . . . y parece  
Que sombra de mí mismo desprendida,  
Los instantes me cuenta de la vida:

Y si un soplo de calma me adormece,  
Brotta, dice: *Aquí estoy*; y en la tendida  
Cavidad del espacio desaparece.

*Arj.* Supersticion del corazón medroso,  
Don García: aunque impávido y astuto,  
Es un hombre no mas, y de hombre á hombre. . . .

*Garc.* No me vieras, por Dios! irresoluto  
Para emprender la lid, si solamente  
De lidiar se tratara frente á frente.

*Arj.* Mas, qué de él temeis ya? del rey vasallo,  
Notorio siendo que robó el caballo,  
Y estando pregonada su cabeza,  
No se presentará.

*Garc.* Ven, insensato!

Si ningun defensor no se presenta,  
No ves, imbécil, que á mi madre mato?  
Y es idea, ay de mí! que me amedrenta.

*Arj.* Aun la podeis salvar: si nadie acude,  
Sois dueño de su vida: suplicante  
A Don Sancho acudid, ante ella misma. . . . .

*Garc.* (*horrorizado.*) Yo? Yo me he de poner de  
ella delante

Otra vez? no, jamas: . . . piensas en vano:  
Primero que sufrir tal agonía,  
Los ojos, Lúcas, con mi propia mano,  
Y el corazón feroz me arrancaria.

*Arj.* Pues aun es tiempo. . . desistid cobarde,  
Desmentios; mas ved que en esa hoguera  
Que del verdugo ante las plantas arde,  
El uno de los dos fuerza es que muera.

*Garc.* Sella, asesino vil, sella esa boca;  
Porque tu pecho miserable abriga  
Sangre de hiena y corazón de roca.

*Arj.* Señor, tan solo vuestro bien me obliga,  
Porque con vos me salvo ó con vos muero:  
Mas perdonad, señor, que tal os diga:  
Ceder ahora es decir al mundo entero  
Que ni valiente sois, ni caballero.



Garc. Ah! . . .  
 Arj. Se dirá de vos con mengua y saña:  
 "Nada en tal hombre por entero cupo:  
 Ni crimen ni virtud fué en él hazaña,  
 Ni aun ser infame sino á medias supo. . ."  
 Gran memoria de un príncipe de España!  
 Garc. Pues bien, si no me cumple esa memoria,  
 Si al crimen nada mas caminar puedo,  
 Tal borron dejaré sobre mi historia,  
 Que á la futura edad imponga miedo.  
 (Tumulto fuera.)  
 Oyes? Ya ruge el pueblo ahí agolpado  
 De el horrible espectáculo sediento:  
 Voy, vive Dios! á dárselo colmado;  
 Nunca le vió mas bárbaro y sangriento.  
 (Suenan los trompetas.)  
 Ah, pronto la señal.  
 Arj. (asomándose á la tienda.) El sol asoma.  
 Garc. (poseído de un vértigo.) Oh infierno! rego-  
 cijate! como esta  
 No han preparado tus furiosos fiesta  
 Ni en los circos idólatras de Roma.  
 (Trompetas.)  
 Voces fuera. Pregon, pregon. Silencio!  
 Arj. Los heraldos  
 Ya el combate pregonan.  
 Garc. Esto es hecho!  
 Cada cual ante Dios con su derecho.  
 Heraldo (dentro.) "Oid, oid, oid. Vasallos de Don  
 Sancho, rey de Navarra, de Aragon y de Casti-  
 lla. El buen caballero Don Garcia, príncipe de  
 estos reinos, ha aceptado el combate á que en  
 uso del derecho que las leyes les conceden han  
 apelado la reina Doña Nuña y Don Pedro de Se-  
 sé, acusados de criminal inteligencia y descubier-  
 ta rebelion. Y siendo entrambos crímenes de le-  
 sa majestad, las leyes los condenan á la pena  
 del fuego, si al trasponer el sol la línea del hori-  
 zonte no se presenta caballero alguno que quie-  
 ra mantener su causa. Si esto aconteciere y el  
 acusador saliere vencido, sufrirá la misma pena  
 en lugar de los acusados como la ley lo dispone;  
 si saliere vencedor serán quemados en este mis-  
 mo palenque los acusados, con el cuerpo del ca-  
 ballero su defensor, quedando desde luego con-  
 denados á la pena capital todos los que resulta-  
 ren cómplices de su traicion. El rey ofrece asi-  
 mismo doscientos marcos de oro á cualquier va-  
 sallo suyo, que asegure la persona del traidor  
 que estrajo de las reales caballerizas su mejor  
 caballo de batalla, asesinando para ello á su  
 guardia y palafreneros. Esta es la justicia del  
 rey. Vasallos del rey, acatad la justicia del rey.  
 Viva Don Sancho, rey de Navarra!"  
 Pueblo. Viva!  
 Garc. Qué agonía, gran Dios! cíneme, Arjona,  
 Esa fatal espada,  
 Y que quede á favor de esta celada,  
 Encubierta á mi pueblo mi persona.  
 (Se cala la visera.)  
 Oh! estoy seguro que en mi horrible gesto  
 Se ve mi odioso crimen manifiesto.  
 Voces del pueblo. Una. Allí están. Allí están.

Otra. Ya traen á los acusados.  
 Otra. Quién tal pensara de tan buen caballero  
 Como Don Pedro!  
 Otra. Por eso mismo es mas grande su delito.  
 Otra. Bien dicho. El rey les habia colmado de  
 beneficios  
 Otra. Y le vendian mientras él conquistaba á los  
 moros  
 Nuevos señorios,  
 Otra. Son unos infames,  
 Les van á atar á los postes de hierro  
 Como á los villanos.  
 Otras. Bien, bien.  
 Otras. Viva la justicia del rey!  
 Todos. Viva!  
 (Tumulto.)  
 Voces. Silencio. Silencio.  
 Otras. Ya bajan los jueces del campo.  
 Otras. Silencio. Escuchad.  
 Uno de los jueces del campo. "Vasallos del rey, oid.  
 La hora del juicio ha llegado ya. La liza queda  
 abierta desde este punto, y si al pasar el sol la  
 línea del horizonte no anuncian los clarines un  
 defensor, el verdugo cumplirá con su deber."  
 Muchas voces. Bien, bien. [Aplausos, ruido, &c.]  
 Garc. Ea! ha llegado la tremenda hora.  
 Siento que Dios del corazon me arranca  
 El gérmen de su fé consoladora,  
 Y en las venas la sangre se me estanca.  
 Sí, sí; de esta diabólica contienda  
 Viene todo el infierno á ser testigo!  
 Vértigo. . . sed de crimen me devora.  
 Ea, corre los lienzos de esa tienda,  
 Y el infierno desde hoy sea conmigo.  
 [Arjona manda á los pajes con una seña que  
 abran la tienda. Estos corren á un tiempo la  
 cortina partida en dos, que cierra su fondo y que  
 cubre el teatro, y aparece un vasto palenque cu-  
 yos andamios están llenos de gente del pueblo.  
 En el fondo de este palenque se ve un altar: de-  
 lante de él, el verdugo, que con una tea encendida  
 está pronto á encender la leña hacinada alrede-  
 dor de la reina y de don Pedro, que estarán ata-  
 dos á dos postes de hierro, y uno á cada lado del  
 altar. Por sobre los andamios se cierra el hori-  
 zonte con pintorescas montañas. El sol acaba de  
 salir por encima de unos cerros desiguales, y der-  
 ramando sobre la escena la rosada luz de la ma-  
 ñana.]  
 Pedro. Señora, no teneis otra esperanza?  
 Oh! si mi brazo fuerte todavía  
 Estuviera. . .  
 Reina. El de Dios á todo alcanza.  
 Pedro. Creo que Dios tambien nos abandona.  
 Reina. Solo él puede apreciar nuestra agonía,  
 Que inútil es con él dolo y falsía:  
 Lo que castiga ve y lo que perdona.  
 Pedro. No tengo esa virtud: sopro mundano  
 Me anima aún el corazon terreno,  
 Y voy la hiel de que le siento lleno  
 Sobre ellos á verter. [Al pueblo] Pueblo villano,  
 Rey infame. . . escuchad.  
 Voz en el pueblo. Qué es lo que dice?

Otra. Dejadle hablar.  
 Otras. Silencio!  
 [El pueblo calla despues de largo cuchicheo.]  
 Otras. Oid.  
 Pedro. Rey fiero,  
 Sin fé, ni ley: el Dios á que apelamos,  
 Que indefensos morir nos deja infiero,  
 Mas ante él de tus leyes protestamos.  
 Ella inocente, y yo buen caballero,  
 Al tribunal de Jesucristo vamos,  
 Y al inmolarme con tan vil castigo,  
 Rey, príncipe, villanos. . . yo os maldigo.  
 [Don Garcia se tapa la cara con las manos, esha-  
 lando un ay! desesperado.]  
 Garc. Ay!  
 Voces del pueblo. Nos insulta! muera!  
 Otras. Muera!  
 Otras. Muera!  
 [La reina demuestra voluntad de hablar.]  
 Voz. La reina quiere hablar.  
 Voces. Mueran!  
 Otras. Oidla.  
 Otras. Silencio. Oid. Callad.  
 [Otro largo cuchicheo. El pueblo calla.]  
 Reina. Sin culpa muero;  
 Mas aunque Dios por causa soberana  
 Que indefensos morir nos deja infiero,  
 Yo, como reina moriré, y cristiana.  
 Sí, yo inocente, y él buen caballero,  
 Seremos ante Dios esta mañana;  
 Mas aunque me inmolais, no os guardo encono.  
 Hijo, esposo, vasallos. . . yo os perdono.  
 Pueblo. Bien, bien.  
 Garc. No puedo mas. . .  
 [Don Garcia pone mano á la daga. Arjona le  
 detiene.]  
 Arjona. Señor, teneos.  
 Qué quereis intentar?  
 Garc. Morir, Arjona.  
 Déjame.  
 Arjona. No.  
 Voces. La hora se pasa!  
 Otras. Mueran! Mueran!  
 Otras. Mueran! muera. . . !  
 Una voz. Ninguno les abona.  
 Culpables son, pues Dios les abandona.  
 Otras. Ya dan los jueces la señal. . .  
 Otras. La hoguera  
 Va á prender ya el verdugo.  
 Garc. No, no quiero;  
 No puede mas mi corazon de fiera.  
 Sálvese, si. . .  
 [Don Garcia va á salir de la tienda, en cuyo mo-  
 mento suena la seña de un agudo clarin. Don  
 Garcia se detiene.]  
 Arjona. El clarin!  
 Pueblo. Un caballero!

## ESCENA VIII.

DICHOS, DON RAMIRO.

[Se presenta Don Ramiro armado de piés á cabe-  
 za; el esclavo Etiope, de quien se hace mencion

en los anteriores actos, vestido á la oriental con  
 turbante blanco y con un collar de oro en señal  
 de esclavitud, conduce de la brida el hermoso ca-  
 ballo de batalla del rey don Sancho, magnífica-  
 mente caparazonado y empenachado. Un paje  
 con los colores de la casa real de Navarra y Cas-  
 tilla, trae el escudo y la lanza de don Ramiro.  
 Este tira un guantelete á los piés de don Garcia,  
 y dice en alta voz:]  
 Ram. Aquí estoy, llevo á tiempo todavía;  
 Y os declaro á la faz del mundo entero  
 Torpe y vil impostor, mal caballero,  
 Calumniador infame, Don Garcia.  
 Voces. El caballo del rey!  
 Otras. Ese es el que le ha robado.  
 Otras. Qué descaro, qué atrevimiento!  
 Otras. No puede combatir, no es caballero;  
 Está declarado traidor y condenado á muerte.  
 Otras. Muera!  
 Otras. Sí, sí, que muera tambien con ellos.  
 Otras. Prenderle, matarle!  
 Una. Ningun villano puede ceñirse armadura real.  
 Otras. Muera, muera! Allá van los jueces del campo.  
 Todos. Bien, bien.  
 [Los jueces del campo con algunos soldados se diri-  
 gen hostilmente hácia don Ramiro. Este toma  
 rápidamente el escudo de manos del paje, y des-  
 colgando el hacha de armas del caparazon del  
 caballo, les hace retroceder.]  
 Ram. Mentis! derechos tengo á esta armadura.  
 Yo puedo entrar con ella en la batalla.  
 Pueblo. Muera, muera! cogedle.  
 Ram. Atrás, canalla!  
 Rey de armas. Paso al rey, paso al rey.  
 Rey. Quién atrevido  
 Mi ley insulta y su delito ostenta,  
 Y con mis propias armas se presenta?  
 Ram. Oidme una palabra.  
 Rey. Dí.  
 Ram. Al oido.  
 [Don Ramiro se acerca al oido del Rey. Este se  
 estremece, y volviéndose á los suyos, dice:]  
 Rey. Atras, señores, retiraos.  
 Garc. Cielo!  
 Con sola una palabra. . . aun al rey mismo. . . !  
 Ram. [á don Garc.] Ya lo veis. . . á no ser por  
 mi buen celo,  
 Por vuestra alma, la echais en el abismo.  
 Rey. Oh! concludid por Dios: si este secreto  
 Sabeis, quién sois?  
 Ram. Señor, antes de todo, [Con calma]  
 Que inocentes no sean el objeto  
 De la mofa del vulgo.  
 Rey. De ese modo  
 Quereis. . . . ?  
 Ram. Que libres sean, ó en voz alta  
 Al vulgo vil relataré esa historia.  
 Rey. No, no. Libres están.  
 Ram. Al punto vengan,  
 Y en silencio escuchando se mantengan.  
 (El rey hace una seña, y van á traer á la reina y  
 Sesé. La tienda se cierra como al principio del  
 acto.)



Pues os mostrais, don Sancho, tan zeloso  
De vuestro real honor, que una sospecha  
Mal probada por labio mentiroso,  
Presa tan noble á los verdugos echa,  
Quiero, señor, que doña Nuña sepa,  
Antes que el duelo con mi vida acabe,  
Lo que en el alma de sus jueces cabe  
Cuando creen que la infamia en ella quepa.

## ESCENA IX.

DICHOS, LA REINA Y SESE, A UNA SEÑA DE RAMIRO.

Ya están aquí. . . silencio, estadme atentos;  
Vos tambien escuchadme, don García,  
Y si despues de oirme unos momentos  
La espada alzais, encontrareis la mia.  
*(Todos escuchan con asombro y ansiedad. Don Ramiro domina la escena, y recita con dignidad y calma.)*

Conocí una mujer. . . su nombre Caya.  
Rey. Dios Santo!

Ram. Es grande historia. Esta matrona,  
Casada con un noble de Vizcaya,  
Su sien ceñia con feudal corona.  
Un mancebo. . . su nombre no hace al caso,  
Se prendó de su garbo y hermosura;  
Y ella incauta, él audaz, paso tras paso  
Fuéles prendiendo amor en red segura.  
El amante, altanera la matrona,  
"A todo (la dijo él) por tí me atrevo;  
Quieres cambiar por otra esa corona?"  
Y ella, que le entendió, picó en el cebo.  
Una noche el baron, su noble esposo,  
A manos pereció de unos bandidos;  
Dolióse ella del caso lastimoso,  
Mas signieron de entonces mas unidos  
Los dichosos amantes.—Ay! qué dicha  
Es segura en la tierra? El mozo osado  
Heredó á poco un reino, y por desdicha  
De Caya, otra mujer con el reinado.  
El la aceptó, pues le traia en prenda  
Otra corona mas; y aunque fingia  
Palaz con Caya, al fin cayó la venda  
Que el corazon amante la cubria.  
Dejóla el rey, y en vez del matrimonio  
Que la ofreció, del reino desterróla,  
Firmándola un inútil testimonio  
Para un infante que del rey quedóla.  
Y esta mujer errante y espatriada. . .  
*(Se interrumpe.)*

Reina, Rey, Sesé. Acabad!

Ram. Sucumbió tras largo duelo,  
A su hijo dando de la edad pasada  
Noticia, y por el rey pidiendo al cielo.

Rey. Dios mio! Y aquel hijo?

Ram. Asió una lanza,  
Y en Palestina y Francia aventurero,  
Vivió guardando siempre una esperanza  
De ser al fin un noble verdadero.  
Topó en Francia por fin á una condesa,  
Que á otro príncipe estaba prometida;

La sedujo y huyó con la francesa,  
Y aquí vinieron á pasar la vida.

Reina. Proseguid.

Ram. A favor del pergamino  
Que dió el rey á su madre, pasó este hombre  
Vida sin porvenir y sin destino,  
Sin descubrir su origen ni su nombre.  
Dió el caso, que á un traidor que conspiraba,  
Por impensado azar halló la huella,  
Y como en nada este hombre se ocupaba,  
Dió en seguir holgazan el rastro de ella.  
Dios les puso á los dos frente por frente,  
Y por do quier se hallaban: disponia  
El uno en unas ruinas plazo y gente,  
Y el otro sus secretos sorprendia.

Y. . .  
Rey, Reina, Sesé. Qué?

Ram. Ya en concluir veo que tardo;  
Secreto es que calláosle no debo.

*(A la Reina.)*

Vos la ofendida sois;  
*(Al Rey.)* Vos el mancebo;  
Don García el traidor, y yo el bastardo.

*[Don Ramiro presenta el pergamino en cuestion, hincando la rodilla en tierra.]*

Rey. Sí, es mi firma. Hijo mio! *(Abrazo rápido.)*

Ram. Ahora, García,  
Ciertos de la verdad ambos estamos;  
Si me tiendes tu mano, esta es la mia;  
Si en tu demanda estás, al campo vamos.

Reina. Tened, tened: el dedo del destino  
Manifiesto está aquí, y á la inocencia  
El justiciero Dios abre camino.

Rey. Sí, perdona un error. . .

Reina *(interrumpiendo.)* Que no acrimino.

Rey. Yo revoco mi bárbara sentencia.

Ram. Y yo abrazo la causa de mi hermano:

Deróguese la ley, y en su delito  
Sea el único juez. . . Dios soberano.  
*(De rodillas.)*

Su perdon os propongo.

Reina. Yo le admito.

*(A Don García.)*

Pastor tiene la Iglesia, cuya mano  
Tiene poder y crédito infinito  
De atar y desatar. . . tu culpa llora,  
Y de Roma no mas perdon implora.

Garc. *(de rodillas.)* Madre!

Reina. Mas oye: Don Ramiro debe

Dar la mano á tu esposa prometida,  
Y en tu lugar tambien mando que lleve  
Tu parte de heredad por mí traída.  
Si, pues solo él á defender se atrevo  
Mí calumniado honor con su honra y vida,  
Ved en qué precio su virtud estimo:  
Mi primogénito es, le legitimo.

Rey. Acepto. Abrid, heraldos, esa tienda.

*(Lo hacen, y vuelve á quedar á la vista del público el palenque, cuya arena han ocupado ya los villanos, que contenidos por los soldados forman un numeroso grupo al rededor de la tienda.)*

Pues mis armas vistió, ya es caballero:  
Pregonadlo á mi pueblo y que esto entienda.

Pregonadlo á mi pueblo, y que esto entienda.  
Yo le doy mi caballo; que altanero  
Sobre él las calles cruce; de la rienda  
Le lleven reyes de armas, y que atienda  
Navarra á que es su príncipe heredero.

*Clarines y atabales en señal de pregon, y algo lejos tumulto, vivas. Traen mas al centro de la escena el caballo de Don Sancho. El pueblo se agolpa en rededor.]*

Rey *[á Don Ramiro.]* Ea! á caballo tú.

Reina *[á Don García.]* Tú, escolta toma,

Y á implorar parte tu perdon de Roma.

Garc. *[con afan y pronto á partir.]* Sí, partiré,  
mas á la vuelta mia,

Si traigo, madre, un corazon sincero,

Puedo esperar de vos. . . ?

Ram. *[interrumpiéndole y atajando á la Reina, que va á responder.]* Sí, Don García;

Yo tras tí quedo; ve, y en mi fé fia:  
Buen hermano seré, buen caballero.

*[Don Ramiro y Don García se dan la mano, y este parte por la izquierda seguido de Arjona, que se habrá confundido con la multitud durante la anterior escena. Don Ramiro monta á caballo, alejándose todos en tumulto aclamándole. Los reyes de armas, de pié sobre los andamios del palenque y tremolando los pendones de Castilla, Navarra y Aragon, gritan cada cual á su correspondiente turno.]*

*[El que tiene el pendon de Castilla, dice:]*

Viva la reina de Castilla!

Pueblo. Viva!

*[El que tiene el de Navarra, dice:]*

Viva el rey Don Sancho de Navarra!

Pueblo. Viva!

*[El que tiene el de Aragon, dice:]*

Viva el príncipe Don Ramiro, rey de Aragon.

Pueblo. Viva!

*[Los villanos aplauden, tiran por alto los birretes, &c. &c. Tumulto. Cae el telon.]*

